

La razón perversa: Lacan con Deleuze

TOMÁS OTERO¹

Si bien las referencias a la perversión se encuentran en la obra de Lacan desde sus primeros seminarios, es a mi juicio en “Kant con Sade” (1963) donde se interroga profundamente las coordenadas subjetivas del fantasma perverso, su deseo y su posición frente al Otro. Aunque –en palabras de Lacan– más que un tratado sobre el deseo es un tono de razón, porque la estructura arquitectónica del sistema perverso responde a un orden y un método disciplinado del ejercicio del deseo que hunde sus raíces en la moral kantiana.

Aún hace eco en la actualidad la idea de que el perverso es un sujeto que goza de forma irrestricta, que, desprendido de todas las cadenas, ejerce una plena libertad sin trabas, y que busca negar al otro hasta reducirlo a un desecho. Pues en “Kant con Sade” se deja manifiesto de forma expresa que la voluntad perversa está destinada al fracaso, que el perverso, lejos de ser un libertario, se aferra a una Ley que reclama el *derecho al goce* con el rigor del imperativo categórico, donde, fuera de ser la víctima la que se degrada en calidad de objeto, es el perverso el que se coagula en la rigidez de un instrumento y, a diferencia de haber en la perversión una aspiración a abolir al otro, más bien se afana por fabricar un Otro sin falla.

El deseo en la perversión se traduce, tomando todas las resonancias kantianas, como voluntad de goce y lleva por premisa que el sujeto se aviene en su posición deseante instrumento del goce del Otro. Pero es una voluntad, al igual que en Kant, heterónoma, es decir que el sujeto no sabe al servicio de qué Otro ejerce su voluntad, pero en ningún caso se trata de la suya. Dicho de otro modo, por más burdo que parezca, a veces se olvida que el perverso no sabe que es perverso, como dice Marx respecto al valor, “no lleva en su frente lo que es”, de manera que permanece inconsciente del

¹ Psicoanalista y ensayista. Docente de la Cátedra I de Clínica de Adultos y de la materia electiva Usos del Síntoma de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, e investigador de la misma Facultad. Doctorando en Psicología (UBA). Miembro del Foro Analítico del Río de la Plata. Colaborador

modo en que esto funciona, se encuentra atrapado en un engranaje que lo trabaja a expensas de la jurisdicción de su conciencia sin saber cuáles son sus resortes ni hacia dónde va. Como dirá Sacher Masoch en uno de sus contratos masoquistas, es un “instrumento ciego”.

Habría que tener en cuenta de forma preliminar, para una clínica de la perversión, que, tal como lo ilustran los relatos de Sade con sus víctimas, éstas están dotadas de una extraordinaria supervivencia, soportan orgías olímpicas bajo las más infames torturas a las que son sometidas por sus verdugos, de lo que se extrae que la voluntad que se pone en práctica en la perversión se ejerce en un umbral que va más allá del principio de placer de su partenaire, pero más acá de la muerte, puesto que el goce al que apunta el perverso es coextensivo a los seres que están vivos. En otras palabras, habría que distinguir la voluntad de goce perversa de la voluntad de muerte que se le puede imputar a la maquinaria nazi, por ejemplo.

Es común pensar que Sade lleva hasta el ridículo el postulado de que Dios ha muerto. Sin embargo, el Dios soberano y deseante que dicta la máxima del derecho al goce a la moda de Kant, por su pretensión a regla universal, renace bajo la forma de la Naturaleza:

“La naturaleza, madre de todos, siempre nos habla únicamente de nosotros mismos, nada más egoísta que su voz, y lo que en ella más claramente reconocemos es el consejo inmutable y santo que nos da de deleitarnos, no importa a expensas de quién.” (Sade, 1795: 70)

Lo paradójico y por lo cual es una voluntad que está destinada al fracaso, es que aquél a quien se le imputa perpetrar el derecho al goce sobre el cuerpo del partenaire, está en verdad allí bajo el yugo del Otro, sacrificado en virtud de erigir un goce universalizable, un goce para todos, tal como es la ambición de la máxima, encontrándose en la aporía de que el goce es el punto más singular de cada quién, es decir que en el camino a *El* goce, con lo que se encuentra es con goces que son siempre parciales respecto de ninguna totalidad.

Ahora bien, las elaboraciones lacanianas sobre la perversión de los años 60 ganan una riqueza conceptual que es solidaria a la formalización del objeto *a*, al mismo tiempo que son parasitadas por la célebre “Presentación de Sacher Masoch” (1967) de Deleuze, donde el filósofo dinamita de forma implacable la entidad *sadomasoquista* de la nosografía psicoanalítica y psiquiátrica, y se esfuerza por asentar una lógica que es inmanente al sadismo y al masoquismo respectivamente, recusando cualquier tentativa de complementariedad y reversibilidad entre éstos, a fuerza de acentuar la disimetría que los separa.

Deleuze destaca que el cuadro clínico del sadismo y del masoquismo no responde a la denominación de una enfermedad, sino a un nuevo lenguaje. Podemos decir que tanto Sade como Masoch fundaron, por vez primera, un nuevo sujeto del discurso, un original modo de habitar el lenguaje. En segundo lugar, el universo literario de Sade no tiene nada que ver con el universo de Masoch. Y el tercer punto que resalta es que el cuadro clínico no toma su nombre del clínico que lo descubre, como ocurre regularmente –en este caso Krafft-Ebing fue el primero en describirlos en su *Psychopatía sexualis* de 1886– y como ocurrió con la amentía de Meynert, o el mal de Alzheimer, que se lo disputó Alois Alzheimer a Emil Kraepelin en 1906 (si no, tal vez hubiese sido conocido como “el mal de Kraepelin”). Ni Sade ni Masoch eran clínicos, sino que el cuadro de signos que conciernen al sadismo y al masoquismo hace gala a los nombres de dos hombres de letras y son “prodigiosos ejemplos de eficacia literaria”. ¿Cómo separar el caso de la literatura, si en ningún otro campo clínico la obra literaria nos mostró con mayor sutileza y precisión las formas que encarna el deseo en la perversión? Una vieja enseñanza freudiana es que el arte se adelanta al psicoanálisis. Se tratará entonces de dejarnos enseñar por sus operaciones estéticas y literarias.

Antes que Deleuze se vuelva una especie de enemigo cívico del psicoanálisis, el programa deleuziano es continuado con acierto por Lacan, principalmente a la altura del *Seminario 14* (1966-67) y del *Seminario 16* (1968-69), para demarcar una clínica de la perversión sin precedentes que reformula las cuatro perversiones clásicas: masoquismo, sadismo, exhibicionismo y voyeurismo, y que en rigor de verdad podemos definir como una clínica de la pulsión escópica y de la pulsión invocante. Trabajaré aquí sólo algunas de estas coordenadas que tocan su cima en la definición canónica de la perversión que Lacan arroja el 30 de abril del 69:

“Llamo perversión a la restauración, de algún modo primera, a la restitución del objeto *a* al campo del Otro [...]. La perversión es la estructura del sujeto para quien la referencia a la castración, a saber, que la mujer se distinga por no tener el falo, está tapada, enmascarada, colmada por la misteriosa operación del objeto *a*.” (Lacan, 1968-69)

Por eso creo que tampoco hay que renegar del término estructura. Colette Soler ya lo dijo: Lacan nunca fue estructuralista, en otras palabras, su concepción de la estructura se separa del estructuralismo. Utilizo entonces el término estructura con la aclaración de que en el corazón de esa estructura se encuentra esa “insondable decisión del ser” que Lacan dispara en 1946 contra la corriente mecanicista esgrimida por Henry Ey. También tengamos en cuenta el pasaje de una causalidad psíquica a una causalidad *tíquica* a la altura del *Seminario 16*, es decir, por posicionamiento del sujeto frente al encuentro contingente con lo real y que tiene como corolario la famosa frase que empuña en “La ciencia y la verdad”: “de nuestra posición de sujeto somos siempre responsables” (Lacan, 1966: 837).

Aunque en esa operación misteriosa sobre el objeto *a* de la que habla Lacan en su *Seminario 16*, creo que no es tanto que la perversión manipule el objeto, sino más bien los velos de su partenaire hasta ponerlo de cara a su goce ignorado.

En la posición masoquista se muestra en forma más nítida la objetalización a la que se reduce el sujeto perverso, en la medida que se degrada a esa escoria del Otro, tal como quedaba impreso en los contratos que el mismo Sacher Masoch redactaba para ofrecerse como esclavo a Wanda, su mujer. Aunque quedaba claro que él era el verdadero amo del juego. Van algunas de estas condiciones de servidumbre voluntaria:

“Renuncia absoluta a vuestro yo. No tenéis otra voluntad que no sea la mía.
Sois en mis manos, un *instrumento ciego* que ejecuta mis órdenes.”

Pero también exhortaba a Wanda a seguir un guión bajo el semblante del amo. Nos dice Deleuze que “el contrato masoquista no expresa únicamente la necesidad de consentimiento de la víctima sino el don de persuasión, el esfuerzo pedagógico y

jurídico por el cual la víctima prepara a su verdugo” (Deleuze: 1967: 68). Así, le hace firmar a Wanda:

“No tendré ningún deber hacia vos, y *siempre actuaré sin cometer error.*”²

Como también señala Deleuze, a Wanda los biógrafos la querían sádica ya que él era masoquista, pero así el problema no estaba bien planteado. Nunca un verdadero sádico soportaría una víctima masoquista. Wanda era una mujer dócil, inocente y muy lejos de estar a la altura de una *dominatrix* severa y autoritaria. “En todas las novelas de Masoch, la mujer persuadida conserva una última duda, un último temor: comprometerse a realizar un papel al que se siente impulsada pero que quizás no sepa desempeñar, pecando por exceso o por defecto” (Deleuze: 1967: 20), concluye en este punto Deleuze.

Tanto en el sadismo como en el masoquismo, la operación concierne a un tratamiento particular de la pulsión invocante. En el masoquismo, de lo que se trata es de hacer surgir la dimensión de la voz en el campo del Otro como suplemento. La voz como suplemento escapa a cualquier registro de la demanda donde podría inscribirse el orden del amo de turno. El masoquista buscará algún Otro que pueda ser interpelado en el punto de la voz. Organizará todo de modo de ya no tener la palabra, de empujar a su partenaire exhortándolo bajo contrato a ese borde en el que la voz, en tanto objeto real, lleva la palabra a su límite. Y por eso Lacan concluye que “de algún modo, esa forma de raptó, de robo del goce, puede ser, de todos los goces perversos imaginables, el único que se logre plenamente”.

Lo que ocurre del lado del sádico no es lo mismo: “el también intenta, pero de manera inversa, completar al Otro quitándole la palabra e imponiéndole su voz, pero en general falla”, dice Lacan. Toda la escena sádica está empapada por el relato que se apuntala sobre el catálogo de suplicios, a los que es forzada la víctima. Tomemos *La filosofía en el tocador* de Sade. Madame de Mistival –madre de Eugenia, la ferviente recluta–, tras caer en un estado de inconsciencia poco feliz luego de ser violentamente

² Fragmentos extraídos de los contratos que figuran en el anexo del libro de Deleuze “Sacher-Masoch y Sade” 1969. (El subrayado es mío).

sodomizada, flagelada y torturada por una manga de libertinos, dentro de los cuales se alistaba su joven hija, es reavivada por el libertino Dolmancé –si *La filosofía en el tocador* es un tratado de educación sexual, Dolmancé es el gran didacta– y exclama: “¡Oh cielo! ¿Por qué me llamas del seno de las tumbas? ¿Por qué me devuelves a los horrores de la vida?”. A lo que Dolmancé responde relanzando su apuesta: “Porque aún no hemos dicho todo, mamita” (Sade, 1795: 170). Al educador masoquista se le opone el instructor sádico, pero ambos, insiste Lacan con Deleuze, tienen un carácter de demostración pedagógica. Se ve cómo es la voz del sádico la que se impone en la escena, la que cobra un estatuto real, cuando ya se franquean ciertos límites para quien está en lugar de víctima. Entonces diremos que el acto sádico constituye ante todo un relato que viola el cuerpo, pues enfrentado a la voz el oído no puede cerrarse, como dice Roudinesco, una doctrina en la que se expresa un arte de la enunciación tan ordenado como una gramática y tan desprovisto de afecto como una retórica (Roudinesco, 2009: 52). No hace falta que el sádico porte el látigo, porque él *es* el látigo, él se reduce a ese fetiche negro.

Del mismo modo que no hay simetría entre el masoquismo y el sadismo, tampoco la hay entre el exhibicionismo y el voyeurismo. En el exhibicionismo, se trata de hacer aparecer la mirada en el campo del Otro como objeto real que agujerea la pantalla del campo visual de su partenaire. La grieta que separa la mirada del cuerpo es la misma que separa a lo real de la realidad. El exhibicionista, apelando al recurso del montaje de la escena, apunta a lo obscuro (*ob scenus*), es decir, a arrojar al espectador fuera de la escena. La mirada, cuando se presenta, no tiene párpados.

Mientras tanto, el voyeur “interroga en el Otro lo que no puede verse”, aunque las más de las veces fracase en su proyecto, puesto que no alcanza a ver ni un poco más que los vestidos fálicos. El voyeur no advierte que el cuerpo desnudo constituye para el ser-hablante un objeto de culto y adoración que está al servicio de velar la dimensión real del cuerpo. Lo que su fantasma le oculta es que él está allí capturado en el ejercicio mismo de la pulsión, en cualquier ranura, para tapar el agujero con su propia mirada. “Espiar a lo siniestro por el ojo de la cerradura arrodillado en el cuarto bufo”, repara la elocuencia de Mauricio Kartun.

La perversión no puede sustraerse de su dimensión escénica, de su carácter de puesta en escena. Ya Lacan en el *Seminario 4* decía que la perversión no tenía nada que

ver con la *Verleugnung* –término que reserva estrictamente para su noción de acto–, sino con “el mantenimiento en pie de cierto decorado” (Lacan, 1956-57: 158): “los decorados de Sade, los castillos sádicos están bajo las leyes brutales de la sombra y de la luz que aceleran los gestos de sus crueles habitantes. Pero los decorados de Masoch, sus pesados cortinados, sus ambientes sobrecargados, tocadores y roperos forman un claro oscuro del que sobresalen solamente gestos y sufrimientos en suspenso” (Deleuze: 1967: 31), describe Deleuze. El fantasma perverso se estructura en una dimensión espacial, francamente teatral, y a diferencia del fantasma neurótico, está fuera de tiempo (Lacan, 1958-59: clase del 15-4-59). Desde las *120 jornadas de Sodoma* a cualquier otra obra de Sade, se puede ver el tormento temporalmente infinito que infligen los verdugos a sus víctimas y su extensión espacial en las pirámides gimnásticas que organizan los libertinos.

Para finalizar, me interesa plantear la idea de que hoy en día ya no nos encontramos con las formas clásicas y floridas de la perversión, aquéllas que tan bien ilustraron la pluma de Sade y de Sacher Masoch. Hoy tal vez asistimos a encontrarnos con las estrategias que las perversiones clásicas legaron a las nuevas presentaciones clínicas de la perversión, como formas inéditas de voyeurismo, por ejemplo, apoyadas en las nuevas tecnologías de video-vigilancia que le rinden homenaje al gigante griego *Argos Panoptes*. Aunque, en rigor de verdad, en la clínica psicoanalítica no nos encontramos con estas estrategias, sino más bien con el fracaso de ellas, con un decorado que se cae, o las posturas gimnásticas que se rompen, puesto que no dejan de ser una respuesta a la castración y como tal siempre fallida. Reconducir la razón perversa a lo real de la diferencia entre los sexos, sigue siendo, en regla con la ética del psicoanálisis, nuestro horizonte.

Bibliografía

- Deleuze, G. (1967) “Presentación de Sacher Masoch”, en *Sacher-Masoch y Sade*, Córdoba: Editorial Universitaria de Córdoba, 1969.

- Lacan, J. (1956-57) *El Seminario: Libro 4. La relación de Objeto*, Buenos Aires: Paidós: 7.
- Lacan, J. (1958-59) *El Seminario: Libro 6. El deseo y su interpretación*, inédito.
- Lacan, J. (1963) “Kant con Sadre”, en *Escritos 2*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1966) “La ciencia y la verdad”, en *Escritos 2*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1966-67) *El Seminario: Libro 14. La lógica del fantasma*, inédito.
- Lacan, J. (1968-69) *El Seminario: Libro 16. De un Otro al otro*, Buenos Aires: Paidós: 2008.
- Roudinesco, (2007) *Nuestro lado oscuro*, Buenos Aires: Anagrama, 2009.
- Sade, Marqués de (1795) *La filosofía en el tocador*, La Plata: Terramar, 2006.